

hubiera guardado; y él, frío, descreído, bur-lón, dispuesto siempre á endulzar la realidad con su buen humor, era ante Paz reflexivo y serio, cual si le infundiese miedo aquella intimiad amorosa, que, á juicio suyo, no podría resistir al tiempo ó habría de estrellarse contra las asperezas de la vida.

No siéndoles fácil verse con tanta frecuencia como ellos desearan, acabaron por establecer para su uso particular. un servicio de correos. La iniciativa fué de Pepe: el cartero merece capítulo aparte.



IX

En la imprenta de Millá había un chico, mezcla de aprendiz y ordenanza, á quien apodaban *Pateta*. El decia llamarse Pepe Maldonadas, pero no conservaba memoria de su familia. Nadie sabia su origen; ni él mismo. Sólo recordaba haber vivido en Puerta de Moros, recogido en casa de una verdulera, tía suya, que, por considerarle muy niño, no le habló jamás de sus padres.

Una mañana la pobre vieja, que solía retrasarse en el pago de la licencia municipal del puesto de legumbres, fué llevada á la prevención y, de resultas, tomó tal sofocón, que murió á las pocas horas, viniendo el chico á quedar en lo calle, sin más amparo que Dios, con la travesura por instinto y la ignorancia

por guía. Un matrimonio de la vecindad le dió albergue durante cinco semanas, mas esta caridad antes fué deseo de tener ayudante que propósito de favorecerle; pues cuando la mujer no le obligaba á subir del río un talego de ropa, superior á sus fuerzas, el marido, que era sillero, le ponía verde ó morado hasta los hombros, forzándole á teñir espadañas en un patio que parecía cisterna. Cuando ellos comían, si sobraba, era para Pepe; si no había restos, gracias que le dieran pan con que rebañar la cazuela del cocido; así que las hambres y una felpa con que le obsequiaron por meter en la tina de lo verde lo que había de ser morado, acabaron con la paciencia del muchacho. Se escapó, y entonces fué la época más conturbada de su vida. Fregar en tabernas, donde tenía las propinas por salario; ayudar á un chulo á vocear quincalla; recoger y vender colillas; dormir en los quicios de las puertas: esta existencia llevó por espacio de unos cuantos meses, sucio, descalzo, desarrapado, hambriento y ostentando por entre los desgarrones de la camiseja el pecho dorado y fuerte como un bronce antiguo. Sólo dos cosas hubo

que no ensayase para buscarse el sustento: no pidió limosna ni robó.

Acertó á pasar una mañana por la calle de las Maldonadas, donde tenía fábrica de buñuelos un conocido de la vedulera difunta; le preguntó el buñolero que cómo vivía repuso el chico que "peor:" y tanta lástima supo inspirar, que allí se quedó cuidando de la venta al menudeo, sin promesa de recibir otro pago que la comida y lugar donde dormir. El sillero no volvió á saber de él. Los chicos que antes tuvo el buñolero de dependientes, cual más, cual menos, todos le robaron; Pepe Maldonadas fué de fidelidad intachable. Antes que amaneciera, su amo y un aprendiz sobaban la masa dispuesta en el lebrillo, y luego freían con rara rapidez bolas, tortas y cohombros; Pepe, mientras tanto, arreglaba los veladores, mezclaba algo de harina al azúcar de espolvorear, fregaba vasos, ponía cada cosa en su puesto y, cuando se abría la tienda, colocado de pie en la puerta, despachaba buñuelos á grandes y chicos, formando en la grasienta superficie de zinc que cubría la masa un montón de cuartos y ochavos del moro, cuyo sucio contacto le dejaba los dedos manchados de verdín. Ni se comía un buñuelo

ni escamoteaba un ochavo. Nadie le enseñó matemática y, sin embargo, para dar las vueltas de la moneda era más listo que un cambista. Si quedaban buñuelos de la víspera, los despachaba los primeros; al servir *medias* de aguardiente, cuando presumía que el gazzate del parroquiano estaba insensible, daba lo barato al precio de lo caro, y para los favorecedores constantes de la casa iba á buscar la pasta recién frita, humeante, en que aún no se habían bajado la burbujas del aceite viviendo. El amo se encariñó con él en tal grado, que comenzó á tratarle como á hijo, y hasta determinó que fuese por las tardes á la escuela, donde, en unos cuantos meses, aprendió á leer, escribir y contar. Al año de estar en la buñolería, la hija del amo, que era una chiquilla saladísima de catorce años, enfermó de viruelas y, cosa rara en la gente del pueblo, dotada en tales casos de tanto valor como ignorancia, los vecinos, conocidos y amigos dejaron á la enfermita y sus padres en completo abandono. La moza que iba á barrer y fregar desapareció sin pedir un pico que le debían del salario, y el chulo que ayudaba á amasar y freir se despidió cobardemente: sólo Pepe permaneció allí día y no-

che, sin ir á jugar con los chicos del barrio ni ocuparse en otra cosa que cuidar á la muchacha. Guiado de clarísimo entendimiento, se fijaba bien en cuantas alteraciones sufría para decírselas al médico; y luego le daba las tomas que la recetaban, con los intervalos debidos, arropándola en seguida como una niña á su muñeca. Cuando, por haber entrado la enfermedad en el período de descamación era más fácil el contagio, Pepe, que no lo ignoraba, redobló sus cuidados y, durante la convalecencia, se estuvo constantemente haciendo compañía á la muchacha, satisfaciendo sus caprichos y tolerando sus impertinencias, hasta que, dada ya de alta, tornó á su puesto de antes y siguió vendiendo cohombros á los chicos y ensartando buñuelos toda la mañana en los juncos, lo cual, con el manejo de los ochavos acababa por dejarle los dedos sucios y pringosos: luego de cuatro brincos, se plantaba á ver á la chica. Así pagaba Pepe su deuda de gratitud para con aquella gente; mas su principal se portó también como bueno.

Tú eres ya de la casa:—le dijo un día— busca otro dependiente para el despacho Y

vamos á ver, ¿quiéres seguir oficio? Dilo como si fuese mi hijo

Pepe repuso que quería ser cajista, porque en la escuela donde le enviaron se había echao un amigo á quien sus padres pusieron en una imprenta, con lo cual el muchacho siempre tenia los bolsillos llenos de estampas de entregas, romances de ciego, restos de tiradas de aleluyas y pedazos de cartees de toros.

Tras permancer dos ó tres meses en imprentas de mala muerte, entró al fin en la de Millán que, era conocido del buñolero, y allí echó raíces en seguida; es decir, que apreciado por listo y obediente, le tomaron cariño. El día lo pasaba aprendiendo la caja, adiestrándose en componer y distribuir; luégo empezó á hacer *manos y remiendos* y á la noche se iba por las calles á vender un *veinticinco* de un periódico que allí se tiraba. Lo que le producía esta venta lo guardaba para sí, y el jornal de la semana lo ponía íntegro el sábado en manos del buñolero, pero lo que más le gustaba era entregárselo á Isabelita, diciendo: — “Anda, dá eso á tu padre.”

Los demás aprendices, envidiosos de aquel compañero de quien se hacía más caso que de ellos, comenzaron á tomarle tirria y

jugarle malas pasadas. Un día le quitaron de de la tartera el almuerzo, sustituyendo la tortilla con polvos de imprenta. Otra vez, como estuviera en mangas de camisa, le estamparon en la espalda una galerada recién impresa, con la tinta fresca de un letrero que decía: “Se vende este perro.” Hasta llegaron á llenarle las botas con la grasa de untar las ruedas de la máquina, mientras él estaba trabajando con alpargatas para mayor canso. Entonces apareció el *gatera* madrileño, valiente, arriscado, dicharachero y dispuesto á darse de cachetes ó puñetazos con el más bravo, y á echarle la zancadilla al mismo número. Con unos cuantos pescozones oportunos se hizo respetable. Cierta día, otro aprendiz de más edad sacó contra él una navajilla, Pepe se la quitó de las manos, le sujetó fuertemente metiéndose la cabeza del agresor entre las piernas, y por castigo le descosió con el cuchillejo la costura trasera del pantalón, dándole luégo en lo que el sol ni el agua vieron jamás, unos cuantos azotes: después le devolvió tranquilamente la navajilla, diciendo: — “Toma, *boceras*; eso no sirve más que *pá* partir pan.” — A las horas de trabajo era modelo de laboriosidad: cuando llegaba el momento

de hacer diabluras, era de la piel de los demonios. Parecía haber en él dos tipos distintos: uno para la tarea, otro para las travesuras; y diríase que, como correspondiendo á estos dos seres, tenía dos fisonomías diversas. Inclinado sobre la caja buscando tipos, ajustando palabras en el cajetín, ó distribuyendo letras, su frente solía plegarse con un entrecejo serio de obrero ya muchacho: entonces no hablaba, y fija la atención en lo que hacía, sus ojos negros adquirían cierta expresión de gravedad cómica: en la calle, corriendo ó jugando, con el pelo alborotado, tostada la tez, ladeada la gorrilla, descarado el mirar y rebosando malicia, traía á la memoria los chicos de las antiguas novelas picarescas. Los compañeros le llamaron primero *el Tiznao*, porque era muy moreno, como un beduino destefido á fuerza de lavaduras: por fin le apodaron *Pateta*, y con este *alias* se quedó. A Millán, conocedor de los antecedentes de Pateta, le había caído en gracia el muchacho: Pepe simpatizó mucho con él por un solo detalle. Estaba corrigiendo una tarde pliegos de un libro, cuando se le presentó Pateta en actitud humilde.

—¿Qué quieres?

—Pedirle á vd. un favor, porque el señor Millán no ha *venio*.

Vamos, dí.

—Pues yo tengo novia. Es decir, novia mía, la verdad, no es; pero ya nos hablamos algo... y mañana es su santo. Mire vd., he compuesto este letrero y quería ponerlo con letra *dorás* de purpurina, en esta tarjeta de orla que *ma costao* dos *riales*. Bueno, pues.... que me digan ustedes cómo lo hago y me dejen hacerlo en la máquina, ó donde sea, luego que se marchen *esos*.

Pepe examinó la cartulina, adornada con flores y amorcitos, que le presentaba el chico, y vió el letrero que traía hecho con los tipos mas escojidos de la casa.

“*Á Isabel Gorillo, en sus dias.*” (Esto en un gótico muy complicado,) y luego, debajo: “*Por José Maldonadas.*” (Aquí las letras eran de mucho ringorrango.)

—Y esta Isabel, ¿quién es?

—La hija de mi amo. (Pateta continuaba llamando amo á su protector.)

—¿La de las viruelas?

—Sí, señor; pero no le ha *quedao* señal. *Tié* la cara que da gloria.

—¿Y sabe tu amo?....

—Saberlo.... no sé; porque yo no he dicho esta boca es mía. Como *tién* dinero no, quiero que crean.... ¿entiende vd? Pero ya se lo malician; porque yo, ni á los novillos voy, aunque me sobren los cuartos, con tal de estarme en la trastienda hablando con ella.

—Bueno, hombre, bueno; nada, guarda eso ó déjalo aquí, y á última hora que te diga el señor Ramón lo que debes hacer, y acábalo limpito

Este pequeño servicio que Pepe prestó á Pateta, se lo pagó él con creces. Si llovía de pronto, ya estaba el muchacho corriendo á la calle de Botoneras á buscarle el paraguas: si había que ir al estanco por tabaco, volvía en un decir Jesús; para traerle café de uno que había cerca de la imprenta, nadie andaba más ligero, y si la cafetera venía fría, la arimaba á la máquina de vapor, sin lamer la media tostada ó escamotear azúcar, como hacían otros.

.....

.....

Tal fué el cartero que escogió Pepe para

asegurar su correspondencia con Paz, ocultándola, por supuesto, que él trabajaba en la misma imprenta donde aquél era aprendiz.

—Si te pido que me hagas un favor, ¿podré contar contigo? — le dijo un día Pepe.

—Mande vd. lo que quiera— ropuso el futuro cajista.

— La cosa ha de quedar entre tú y yo; no quiero que nadie lo sepa, ¿entiendes? Ni el señor Millán.

—Ni las piedras.

Jamás faltó al secreto. Cuando Pepe pasaba dos ó tres días sin ver á Paz la escribía, y Pateta, á la hora de salir del trabajo, emprendía el camino del *hotel*. donde ella, prevenida por la impaciencia, le aguardaba tras la vidriera del balcón de su cuarto. La estufa del jardín tenía inmediato á la verja un horno pequeño hecho de ladrillos y recubierto de baldosas, que servía para entibiar la atmósfera en que crecían las flores: Pateta se acercaba allí, espiondo el momento en que ningún criado pudiera verle, y metiendo el brazo por entre los barrotes de la verja, depositaba la carta bajo una de aquellas baldosas mal afirmadas.

Al día siguiente recogía del mismo sitio la contestación, valiéndole tan largos paseos, y sobre todo el agrado con que prestaba su servicio, alguna cajetilla del estanco que Pepe le daba, y á veces un café con media tostada, que le hacia relamerse de gusto.



X

El cariño de la enamorada pareja y la angustiosa situación de Pepe crecieron á la par. El importe de la jubilación de Don José, el fruto del trabajo de su hijo, lo poco que Leocadia ganaba bordando y lo que procuraba ahorrar Doña Manuela, todo se invertía en médico y botica. Así llegó el invierno de 1872 y aquella triste cena de Noche Buena, en que se habló de la próxima venida de Tirso y en que, después de irse Millán, ya acostado el pobre viejo, trataron los hijos y la madre de lo que convenia hacer, sin llegar á resolver nada, porque la común abnegación no producía una miserable moneda de cobre.

A la semana siguiente la situación se agravó con la noticia de que llegaba Tirso: